

Este tierno afecto de los Papas á sus familias no es censurable, sino en el caso de ser gravoso á los pueblos. No pretendemos decir que ningun Pontífice haya abusado de él. Los sobrinos han sido para algunos de ellos lo que los favoritos han sido para otros soberanos. Mas al entregarse Pio VI á esta dulce inclinacion hácia su familia, inclinacion que la naturaleza ha grabado en todos los corazones sensibles y que la Religion aprueba, no olvidó lo que debía á sus súbditos; no lastimó los derechos de la justicia, ni los de la política; no despojó á nadie para enriquecerlos. Si los dotó, fué con el fruto de sus economías, como los hechos lo acreditan.

Su hermana, casada con el conde Onesti tenia dos hijos. En 1775 compraron estos al duque de Lante los bienes que poseia en las inmediaciones de Imola, cuya renta podia consistir en tres mil escudos romanos. Entonces aun no eran conocidos en Roma.

Hasta 1778 no se presentó en esta capital el mas jóven, llamado Romualdo, y se ganó todos los corazones por su figura noble al par que amable, y por un carácter lleno de franqueza y amenidad. Todas las mañanas iba á pasar dos horas al lado de su tio, hablando de las grandes verdades de la Religion, ó bien de los intereses del gobierno. Se presentaba poco en público, estudiaba mucho, y no se entregaba á ninguna de las disipaciones propias de su edad. La primera distincion que mereció fué la de llevar el capelo á los cardenales de Rohan y de La-Rochefoucauld. La corte de Francia le recibió honoríficamente. Causaba mucha admiracion en Paris ver en un prelado tan jóven tanta discrecion, y en un extranjero tan discreto tanta amabilidad. Regresó á Roma en 1779 y al año siguiente fué creado protonotario apostólico, luego mayordomo del Soberano Pontífice, y últimamente cardenal. Tantos favores no le engrieron ni alteraron su carácter. Siempre prosiguió siendo tan amable, modesto y estudioso

como antes. Así es que á nadie disgustó su elevacion, antes por el contrario se alegraron de ella.

No sucedió lo mismo con su hermano mayor Luis Onesti, sobre quien la calumnia no cesó un punto de ejercitarse mientras vivió su tio; y es preciso confesar, que si bien no fué acreedor á las inculpaciones que se le hicieron, tuvo por lo menos poco tacto en saberlas evitar.

Luis Onesti se presentó en Roma un año despues de su hermano Romualdo, y como no se dedicaba al estado eclesiástico, se casó en 1781. Pio VI bendijo su enlace en la capilla Sixtina, y regaló á él y á su esposa un magnífico rosario de oro guarnecido de diamantes. Algun tiempo despues de su casamiento, el conde Luis compró de la Cámara apostólica los bienes que los jesuitas poseian en otro tiempo en Tivoli. Presentáronse por rivales en esta adquisicion el príncipe de Santa-Cruz y el marqués de Baudini, los cuales llenos de ira al ver que el sobrino del Pontífice les habia pujado en la puesta, se vengaron en el tio, publicando que no solamente era él quien habia suministrado los fondos, sino que habia influido en la Cámara para que diese por setenta y cinco mil escudos una posesion por la que ellos hubieran dado ciento treinta mil. El conde Luis al oír estos rumores, se contentó para hacerlos cesar con ofrecer á sus rivales por dichos ciento treinta mil escudos los bienes comprados. Ellos no respondieron; mas no por eso cesaron las injustas murmuraciones entre la gente ociosa de la ciudad.

Los soberanos de España y de Francia hicieron á los recién casados magníficos regalos, los cuales unidos á los que segun antigua costumbre recibieron de los cardenales, príncipes romanos, nobleza, prelados, obispos y asentistas de la Cámara apostólica, fueron espuestos al público en una de las salas del palacio Quirinal, y el pueblo pudo verlos con toda libertad. En 1785 el rey de Cerdeña dió

al conde Braschi (Luis Onesti habia dejado su apellido por tomar el de su tio) una encomienda del orden de San Mauricio, apreciada en dos mil escudos de renta, y le remitió el título juntamente con una gran cruz adornada de brillantes.

Al mismo tiempo un rico prior, llamado Autoreni, autorizó por su testamento al cardenal sobrino á tomar lo que quisiera de la preciosa coleccion que tenia de cuadros, alhajas y bajillas de plata. El cardenal usó de su derecho con la mayor parsimonia; mas no lo creyeron así los parientes del finado, y esparcieron el rumor de que habia hecho todo lo contrario. Semejantes quejas eran las de la codicia burlada, y por lo tanto eran injustas.

Por un motivo semejante se envenenó, exageró y desfiguró de todos modos el donativo de Amanzio Lepri.

Este hombre, milanés de nacion, habia venido á establecerse en Roma, cuando todos los empleos lucrativos estaban ocupados por extranjeros. Introdújose en las aduanas eclesiásticas y en ellas pudo hacer una inmensa fortuna. Cuando por la mucha edad se vió cercano á la muerte, fué presa de remordimientos, que no pudo aplacar sino presentando á la Santa Sede una donacion de todos sus bienes á favor de los sobrinos del Pontífice. Aceptaron los dos sobrinos esta donacion con tanta menos repugnancia, cuanto que era público que el que la hacia no tenia herederos directos sino solamente una sobrina llamada Mariana Lepri, á la cual los sobrinos se propusieron dotar ricamente. A los ocho dias despues de muerto el tio de esta, se presentó un testamento con su firma, en el cual se anulaba la donacion hecha *inter vivos*. Este asunto fué llevado del modo mas ruidoso ante los tribunales. Los donatarios suponian y con mucha verosimilitud que el testamento era falso: los herederos sostenian que la donacion no era válida. Dividióse toda la ciudad entre ambos pareceres: la cuestion resonó en toda Europa y los enemigos de la Santa Sede no

perdieron la ocasion de pintar el hecho con los mas negros colores. El público esperaba con impaciencia el fallo de la *Rota*, el mas integro de todos los tribunales de Italia. Este fallo se proaunció por último en 1786 y la sentencia confirmatoria de la donacion de Amanzio Lepri fué presentada al Papa en una bandeja de oro. Los sobrinos del Papa no abusaron de su victoria: aquel mismo dia ofrecieron la mitad de aquella rica herencia á la sobrina del donante, y ella la aceptó, sin dejar de conservar por eso todo su resentimiento contra los que la privaban de la otra mitad. Esta es, bajo el punto de vista mas exacto, la historia compendiada de aquella célebre causa, de que tantos falsos argumentos se han sacado contra la debilidad de Pio VI y la avidez de sus sobrinos.

Si despues de haber fijado una mirada en Pio VI como soberano, tratamos de observarle como Pontífice, no podemos menos de ocuparnos en primer lugar en la magestad que supondar al culto católico.

Cuando Pio VI concurría á las grandes ceremonias era imposible no solo á los herejes, sino aun á los mismos titulados *espíritus fuertes* librarse de una especie de entusiasmo religioso (1).

El inglés Juan More, despues de haber descrito una de estas ceremonias, á la que asistió por mero espíritu de curiosidad, pero sin poder menos de admirar la nobleza de Pio VI, se espresó en los siguientes términos: «Jamás existió ceremonia alguna mas bien combinada para producir impresion en los sentidos y en la imaginacion, que la del Soberano Pontífice al dar su bendicion desde lo alto de la tribuna de San Pedro. Por lo que á mí toca, si no hubiese estado desde la infancia prevenido enérgicamente contra el actor principal de esta magnífica representacion, hubiera corrido el peligro de tributar»

(1) *Historia de Pio VI*, p. 215-220.

le una especie de respeto poco compatible con la religion en que he sido educado. Otro testigo ocular, protestante de origen y que luego se habia hecho filósofo, nos da detalles circunstanciados de una de las mayores solemnidades de la Iglesia. Trátase del día de la Ascension, en el cual se le besan al Santo Padre las manos y los pies, á lo cual sigue la solemne bendicion dada al pueblo. En esta ocasion, dice el citado autor, es cuando Pio VI ostenta todas las gracias de su persona y distribuye bendiciones con una dignidad, cuyo modelo no seria fácil hallar en ninguna otra parte. Ligeramente arqueado el cuerpo hácia adelante, como en ademán de levantar al que viene á postrarse á sus pies, presenta su mano al cardenal que viene á besársela, y mientras que otro prelado que está á su lado levanta suavemente su vestidura, el Pontífice adelanta el pie. El cardenal puesto de rodillas besa la sandalia del Santo Padre, recibe su bendicion, y al levantarse le da el Papa el ósculo de paz en la frente. Terminada que fué esta ceremonia, Pio VI, revestido con sus hábitos pontificales, se sentó en el sillón destinado para esta ceremonia, y fué pomposamente conducido á la Loggia, especie de tribuna, situada sobre la entrada principal de la basílica de San Pedro. En el momento en que se corrió la cortina interior de esta tribuna y avanzaron hasta la barandilla el sillón en que el Pontífice estaba sentado, resonó la artillería del castillo de Sant-Angelo y se echaron á vue-lo todas las campanas de la ciudad. Al mismo tiempo la plaza de San Pedro, donde estaban formados en orden de parada los guardias de Corps, resonó con los ecos marciales de una música guerrera, y con todo este ruido de cañonazos, campanas, trompetas y bandas militares, se unieron las aclamaciones de un prodigioso número de espectadores arrebatados de entusiasmo. Una profunda calma sucedió á esta animada es-

cena: el Papa se levantó de su Silla, y aquella inmensa multitud se puso de rodillas en el acto. El Pontífice levantó sus ojos y sus brazos hácia el cielo, arrimó en seguida con solemne gravedad las manos al pecho, y las estendió nuevamente como para derramar sobre la ciudad y sobre el universo la bendicion que acababa de alcanzar del cielo, y desapareció de la tribuna.

En fin, asistamos con el mismo observador á la solemne procesion del Corpus en la que el Pontífice aparece con todo el esplendor de la primera dignidad del universo.

Después de haber visto desfilar por espacio de dos horas en el mayor orden aquella multitud de corporaciones religiosas, que componen gran parte de la poblacion de Roma, resonó repentinamente el sonido de las campanas y el estampido de los cañones del castillo de Sant-Angelo. Esta era la señal que anunciaba la aparicion del Soberrano Pontífice, que conducido con toda pompa salia por la puerta principal de la basílica de San Pedro. Es imposible describir todo lo que aquel grupo tiene de pintoresco y verdaderamente bello, así como la impresion que produce en los espectadores de cualquier condicion que sean. Iba el venerable anciano, cuyas hermosas facciones habian respetado los años, llevado por sus guardias en una especie de andas, bajo un magnífico pálido sostenido por los personajes mas distinguidos de su corte. La marcha era lenta, y tan magestuosamente gradual, que parecia que el Pontífice venia sostenido en el aire dominando á la inmensa concurrencia. Viósele en seguida inclinarse un poco hácia adelante para llegar al altar sobre el que estaba manifiesto el Santísimo en una custodia guardada de brillantes. Cubria casi enteramente al anciano una capa de raso blanco, sembrada de coronas bordadas de oro, cuyos pliegues caian ondeando sobre los que llevaban las andas, y cubriendo enteramente la silla y

hasta el mismo altar. De toda su persona no se veia mas que las manos juntas puestas sobre el altar, y su cabeza desnuda, adornada con sus blancos cabellos. En esta actitud permanecia orando en voz baja, y sus ojos, levantados hácia el cielo, estaban humedecidos con lágrimas de compuncion. En toda su fisonomia llevaba marcado el sello de la mas ferviente devocion. El efecto de este espectáculo era tan general y profundo, que me parece imposible que ninguno de los concurrentes dejase de sentir una viva emocion. Ya desde el momento en que las salvas de artillería y el repique de las campanas habian anunciado la salida del Papa, y se habia visto venir de lejos aquel grupo piramidal, pasando por el gran pórtico de la iglesia, el pueblo, como herido de un rayo, se habia postrado en tierra, dándose golpes de pecho, y en seguida habia levantado hácia el Pontífice, que se iba aproximando al altar, los ojos enternecidos, y como si una divinidad se hubiera aparecido, siguió fijando en él sus fascinadas miradas hasta que lo perdió enteramente de vista. Algunos príncipes, generales del Papa, cubiertos de corazas del mas bruñido acero, marchaban magestuosamente detrás de las andas. Un gran número de guardias nobles, los suizos y los guardias pontificios de á pié y de á caballo, cerraban esta marcha solemne que empleó cerca de cinco horas en atravesar las columnatas y tres calles de las mas inmediatas. Finalmente, el Papa subió al altar mayor de la basílica de San Pedro y dió su apostólica bendicion al pueblo, cuyas oleadas se apiñaban á su derredor.

Esta magnificencia, de que acabamos de dar una sucinta idea, rodeaba de antiguo al trono pontificio; pero ninguna Papa habia reunido en tanto grado como Pio VI todo lo que era necesario para producir su efecto. Su antecesor Ganganelli habia hecho alarde de una sencillez tal vez escésiva. Braschi, por el con-

trario, presentaba en su exterior, en sus gestos y en sus modales, todo cuanto infunde respeto á los hombres; y el singular contraste que habia entre él y su predecesor hizo creer á algunos que los cardenales se habian decidido á la eleccion de Pio VI por la esperanza de que la Cátedra de San Pedro, cuyo lustre habia descuidado Ganganelli, volveria á adquirir nuevo brillo siendo ocupada por Braschi: en lo cual, dice un viajero inglés, imitaron la conducta del Senado romano, que alguna vez nombraba dictador para reparar y restaurar la antigua disciplina. Si eso se propusieron los cardenales no quedaron burladas sus esperanzas. Ningun Papa habia desplegado antes de Pio VI mas pompa en el ejercicio de sus augustas funciones, pero tampoco ninguno se encontró en circunstancias mas favorables para poderlo hacer. El deseo de visitar la Italia se habia hecho general y habia invadido todos los países y todas las condiciones. Pio VI recibió una multitud de personajes ilustres y la mayor parte de los príncipes de Europa.

Desde el primer año de su pontificado vió renovarse una de esas raras épocas en que la Iglesia derrama con mas aparato y abundancia sus tesoros espirituales. Hablamos del Jubileo. Sabido es que los habia de dos especies; uno que viniendo periódicamente se llamaba con toda propiedad Año Santo, y el otro era el Jubileo de exaltacion, y se celebraba al advenimiento de cada Papa al trono pontificio. El primero, como mas raro, era tambien sin comparacion el mas solemne.

Hallándose Clemente XIV afectado de la enfermedad que le arrebató la vida, anunció en un consistorio celebrado en abril de 1774 la apertura del Año Santo; mas la buena suerte de celebrarlo estaba reservado á Pio VI en 1775.

Este Jubileo escedió en magnificencia á cuantos hasta allí se habian visto. Una de las principales circunstancias de esta solemnidad, y la que constituye, digámoslo así, el primer

acto, es la apertura de la *Puerta Santa*. Esta puerta, que es una de las de la basilica de San Pedro, permanece constantemente cerrada, menós durante el *Año Santo*. En esta ocasion la abren con grande aparato. El Pontífice da el primer golpe á un tabique de cal y canto con que está tapiada, y al momento cae al suelo á los golpes que luego dan los operarios. Esta es la puerta por donde los peregrinos entran en aquel templo, y el mismo Santo Padre no pasa por ella sino manifestando el mas profundo respeto. Al cabo del año vuelven á tapiarla con toda solemnidad. El Papa se acerca á ella sentado en un trono y rodeado de los cardenales: cántase una antífona al son de una magnífica orquesta; descende el Pontífice con una llana de oro en la mano, pone la primera piedra del tabique, y vuelve á subir al trono. Los albañiles concluyen la obra y la ceremonia termina con una misa solemne.

Al día siguiente de la apertura del Jubileo, Pio VI continuó siendo la admiracion de los romanos por la magestad de su figura. Aunque tocaba ya casi en los sesenta años, conservaba en su aspecto los restos brillantes de la edad madura. Estaban en Roma acostumbrados á no ver mas que Pontífices encorvados bajo el peso de los años, y que cumplian penosamente con sus santas funciones, que por lo regular son muy largas y cansadas. Causó por lo tanto admiracion ver la dignidad y soltura con que el nuevo Pontífice desempeñaba las suyas.

Poco tiempo despues el Soberano Pontífice atravesaba una calle de Roma conducido en el magnífico aparato que hemos descrito ya, cuando de uno de los balcones en que se habian colocado algunos espectadores, salió una voz que llena de admiracion, exclamaba: *¡Quanto e bello! ¡Quanto e bello!* Esta exclamacion era de una jóven, admirada de la magestuosa presencia que la naturaleza habia concedido al Soberano Pontífice, y en el acto fué contestada de otra voz que decia: *¡Tanto e bello, quanto e santo!* Refiérese este suceso

para dar en pocas palabras una idea de la opinion que de Pio VI tenia el pueblo de Roma. Al verle con su trage pontifical, rodeado de la pompa de las ceremonias de la Iglesia y ocupado en la distribucion de los tesoros del cielo, Pio VI parecia un Santo á los romanos.

Las primeras atenciones del nuevo Pontífice se dirigieron naturalmente hácia el reino del hijo primogénito de la Iglesia. El público dispensa por lo regular su favor á los monarcas jóvenes: Luis XVI, que lo merecia por otros muchos conceptos, recibió á su advenimiento al trono pruebas nada equívocas de afecto de toda la nacion. Su primer cuidado fué organizar el ministerio. Una intriga palaciega separó á Machault, á quien el monarca reputaba digno de presidirle, y en su lugar puso á Maurepas, cortesano profundo, pero superficial en todo, y cuya frivolidad no habia podido ser curada por el trascurso de los años que sobre él pesaban. Demasiado anciano para un rey de veinte años y que necesitaba ser estimulado, llenó de timidez su juventud sin dirigir su inesperienza. Luis XVI tenia bondad en el fondo de su corazon; pero tambien algo de aspereza en sus modales, y su primer impulso contra todo lo que se separaba del orden se resentia de la franqueza de su carácter y de la austeridad de sus virtudes. Maurepas, que se burlaba de las cosas mas serias y lo miraba todo con indiferencia, dulcificó mucho estas disposiciones que alguna vez eran parecidas á la energia de carácter, y pueden por lo menos disimular la excesiva mansedumbre. Desde aquella época Luis XVI no obró sino por inspiracion de sus ministros: fué llamando sucesivamente á los que le designaban Maurepas por una parte, y por la otra esa supuesta opinion pública que la intriga y los intereses personales hacen hablar á su modo, y que con frecuencia es la única voz que los reyes están condenados á oír. Los llamados fueron: Turgot, partidario fanático de aquella política materialista, que en el go-

bierno de los pueblos no vé mas que dinero, comercio, trigo y contribuciones, y que estaba muy orgulloso por creerse gefe de una secta de la que en realidad no era mas que instrumento: Malesherbes, amigo de Turgot, que á un mismo tiempo reunia virtudes antiguas y opiniones modernas, y que á pesar de ser mas moderado, no por eso dejaba de ser poco favorable á la Religion; Saint-Germain, educado en las minuciosidades de la táctica alemana, que destruyó el mas firme baluarte de la monarquía, la guardia Real, cuyo valor é incorruptible fidelidad no podian compensar á los ojos de aquellos nuevos organizadores militares lo que le faltaba de precision en las maniobras y de rigidez en la disciplina; y por último Necker, banquero protestante y ginebrino, y con este motivo doblemente imbuido en esa política limitada que pretende arreglar una monarquía por el sistema de una pequeña democracia, y la hacienda de un gran Estado por el libro de caja de una casa de comercio; que se irrita contra toda distincion que no sea la de la fortuna, y no vé en el depositario de un poder monárquico mas que el presidente de una asamblea deliberante ó el gefe de una sociedad mercantil, á quien los accionistas suben ó bajan á la presidencia segun les acomoda. Ninguno de estos hombres comprendia el espíritu de la monarquía francesa; uno de ellos hubiera bastado para trastornarla. Por esto escribia Voltaire á Federico II el 8 de agosto de 1775: «Nuestro rey ha tomado por ministros á unos filósofos. Hé aquí el principio de una gran revolucion.»

Tales hombres, en efecto, no eran á propósito para participar de las justas alarmas ni aprovecharse de los sabios consejos del clero.

La asamblea de este en 1775 habia decretado desde sus primeras sesiones tomar medidas contra los progresos de la nueva filosofía. Movido el rey de sus representaciones, prohibió un folleto de Voltaire titulado *Dia-*

*triba al autor de las efemérides*, por escandaloso, lleno de calumnias y contrario al respeto debido á la Religion y á sus ministros (1). Castigóse al impresor privándole del ejercicio de su profesion, y se borró de la lista de los censores al que habia aprobado el libro. De allí á pocos dias una sentencia del Chatelet condenó al fuego la *Filosofía de la naturaleza*, cuyo autor, Delille de Sales, demasiado jóven, oponia constantemente la naturaleza á la revolucion, y trataba con ligereza las mas altas cuestiones. Una erudicion mal digerida, cuentos absurdos, declamaciones, estilo enfático, chocarrerias y contradicciones, formaban en resumidas cuentas el conjunto de aquella obra, que Juan Jacobo Rousseau trata de execrable en sus *Diálogos*. El autor fué desterrado, y el censor que habia aprobado la obra fué tambien condenado á una reprehension.

En 19 de setiembre acordó la asamblea presentar dos Memorias al rey. La primera bajo el título de *representaciones* pintaba los espantosos progresos de la impiedad que rompía todos los diques, y tramaba con el mayor descaro sus maquinaciones. «¿De dónde nace, decian los obispos, esa fermentacion general que propende á disolver los lazos de la sociedad? ¿De dónde nace esa manía curiosa y turbulenta que todo el mundo tiene de analizar las operaciones del gobierno, sus derechos y sus límites? ¿De dónde provienen esos principios destructores de toda autoridad, diseminados en una multitud de escritos, y que todos los estados de la sociedad se complacen en repetir y oír? Todos estos desórdenes se enlazan y se siguen necesariamente. Los fundamentos de las costumbres y de la autoridad deben desquiciarse á un tiempo con los de la Religion.»

Mas como el gobierno no tomó en consideracion estas reflexiones por juzgarlas sin

(1) *Memor. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 607.